

Cuad. # 3

Colección Ariel

AÑO XI.

VOL. I.

SUMARIO

JUAN GUIXE.....	El cordero bélico y el león pacifista ✓
ISMAEL SILVA VIDAL... .	Mi hermano que se casaba ✓
A. M. AGUAYO.....	El trabajo manual en las escuelas ✓
MARIANO DE CAVIA.....	Responso pagano ✓
EDUARDO TALERO.....	Salmo fraterno ✓
HISPANO	Con la vara de medir... ✓
DIEGO DUBLE URRUTIA.	Fontana cándida ✓
GREGORIO MARTINEZ SIERRA.....	La mujer moderna ✓

REPERTORIO BIBLIOGRAFICO



C u a d e r n o 7 8

San José, Costa Rica, Mayo 15 de 1916

Imprenta Greñas

COLECCION ARIEL

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO EN CUADERNOS QUINCENALES POR

J. GARCIA MONGE

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

Condiciones:

La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): @ 3.00.

La serie de 12 cuadernos (en el Extranjero): \$ 2.00 oro am.

Número suelto: @ 0.25

768 páginas,

dos libros de escogida, variada y reconfortante literatura

POR TRES COLONES

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

DIRECTOR: RUFINO BLANCO FOMBONA

Las mejores obras de los mejores autores de América.—Volumenes en 8º, de 300 a 400 páginas, editados a todo lujo.—Precio de cada volumen \$ 3.50 pesetas

Se han publicado: I. M. Gutiérrez Nájera, *Sus mejores poesías*.—II. M. Díaz Rodríguez, *Sangre patricia* (novela).—III. José Martí, *Los Estados Unidos*.—IV. J. E. Rodó *Cinco Ensayos*.—V. F. García Godoy, *La Literatura Americana de nuestros días*.—Nicolás Heredia, *La sensibilidad en la poesía castellana*. VII. M. González Prada, *Páginas libres*.—VII. Tulio M. Cestero, *Hombres y piedras*.—X. Andrés Bello, *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma*.—X. D. F. Sarmiento *Facundo* (Civilización y barbarie en la República Argentina,

Próximamente obras de P. E. Coll, Ingenieros, Luis Oregón, Lugo, Manuel J. Calle, Sarmiento Hostos, Montalvo, etc. etc.

versal, y la de necesidades afectivas; y que esta doble condición alimenta en fuente ajena la inteligencia, y sólo el sentimiento en propia. De ahí, al invocar a la patria, el anhelo de hallar ambas fuentes en una sola y más grande, dimanante de la propia tierra, soñando con que ésta sea pronto la cuna de las enseñanzas intelectuales que admiramos como de los seres que amamos, la madre de las ciencias y las artes a la vez que nuestro campo natural de acción, la modeladora así de las inteligencias más generales como de los afectos instintivos más apegados al suelo; lo que fué Grecia para sus filósofos, lo que es Francia para sus artistas: armoniosa clave y compendio del mundo, síntesis de unidad vital.—¿Quiere esto decir que se la quiera menos por oscura y pobre? Al contrario. Nada más patético y conmovedor que la ternura de un hombre ilustre por su patria humilde: y cuán honda vena de lirismo encuentra, si poeta, en ello...!

GONZALO ZALDUMBIDE

El cordero bélico y el león pacifista

ANTES de la guerra podía asignarse al hombre no pacifista la calidad de león. La que correspondía, en cambio, al pacifista, era la de cordero. El león guerrero se burlaba del león pacifista. El cordero pacifista prometía, llegado el caso, actitudes poco rebañescas contra su belicoso y leonino rival. El león belicista miraba, naturalmente, al cordero con ojos de conmiseración. Un zarpazo bastaría para convertir y extinguir al cordero. La piel del cordero quedaría como recuerdo de su resistencia al designio bélico.

No es extraño, pues, que el cordero pacifista llenase la atmósfera de tiernos balidos, de románticos balidos, con el fin de convertir a todos los rebaños y a todas las manadas a su causa inofensiva. El papel de león consiste, al contrario, en rugir de furor. El cordero propalaba el fracaso de la guerra, la ectrosis guerrera. El león sentía una

secreta voluptuosidad, una fruición honda pensando en el día marcial y epopéico.

Se declara la guerra y he aquí que el león asiste a un espectáculo imprevisto. Antes se representaba la guerra imaginativamente, con el atractivo de la distancia, que es la atracción del drama y de la tragedia literaria o sea la diferencia entre la realidad y el arte. Ve ahora la guerra de cerca. La guerra 1914—1916... es como todas las guerras, una guerra; pero no es igual a todas las guerras y ha trastornado los cálculos del león. Es un ferrocarril que, bruscamente, tiene que marchar hacia atrás en vez de ir hacia adelante; pero sin que ni viajeros ni maquinistas tengan previsión verosímil de lo que va a acontecer. ¡ Y no hay tiempo en la guerra! ¡ Lo mismo puede reventarse el vehículo de la Humanidad, que salir de sus rieles, que alcanzar lugar de refugio! No pasa el tiempo durante la guerra, sino los hombres, como pasan los árboles y el paisaje cuando los contemplamos desde el interior de un vagón.

Ante la realidad, el león baja las orejas y enrosca la cola. El cordero apenas emite unos débiles sonidos de protesta. Es inútil. La organización leonina es un en-

granaje tan cerrado y hermético de fuerzas, equívocos y razones aparentes—una verdadera metáfora de lo irracional—, que se ve obligado a seguir el camino trazado. El instinto de conservación, en presencia del nuevo orden de cosas, despierta en él de modo paradójico. ¡Por no dejarse matar va a hacerse matar! Un ciclo de cuestiones previas sobre la justicia y el honor le solidarizan, a modo de secundario, con el león. El enardecimiento gregario llega al frenesí. Los corderos se transforman, de pacifistas, en belicosos y agresivos.

El encogido león, asustado de su propia obra, exclama: “Pero esos corderos, ¿qué hacen?” Los corderos socialistas y pacifistas han sido metamorfoseados por la epopeya, como verdaderos entes mitológicos, en leones. El león proclama, al ver la bélica mansedumbre gregaria, “el fracaso del cordero pacifista”; pero ese fracaso le indigna.

El león razona de este modo: “¿No decía el corderismo que se opondría a la guerra? ¿No era pacifista?” Las privaciones irritan al león; las incomodidades le hastían. Un ras igualitario ha traído la guerra y leones y corderos están casi a la misma altura. El peligro de la muerte com-

punge aún más al león. Suspira con nostalgia por el tranquilo estar de los tiempos de leonismo corderil, o sea de dominio del león sobre el cordero. Corren los días, y la montaña de cadáveres y la legión de mutilados y el haz de perturbaciones, aumentan. El corazón del león está herido. El león está cojo porque la guerra le ha cortado un tendón de Aquiles. Los bigotes los tiene quemados por la pólvora. Su apariencia es de encogimiento y como quien desea acurrucarse, tenderse, descansar, rehacerse. En el fondo lamenta no haber seguido los consejos del cordero que, más inocente, más ingenuo, ha luchado en la paz como en la guerra y en la guerra como en la paz. Lo que promete el cordero para después de la guerra, no se sabe. Quizá se proponga amenazar al león o quizá le supere en ferocidad; pero ahora cordero y león se han transformado en un viceversa.

JUAN GUIXÉ

(*Nuevo Mundo*. Madrid.)

Mi hermano que se casaba...

A María Eulalia, a Marta, a Moisés, a Pedro.

TRAS de la siega, aquella tarde, habíamos quedado rendidos por tres días de Sol y tres noches con Luna de cansada labor.

Fué necesario apresurarse porque Marcos y María de la Cruz irían á los pies del cura, el domingo, en el pueblo, cuyas casas se veían desde la campiña, muy vagamente envueltas en blancas y azules neblinas.

La noche se venía como queriendo abrazar á la casucha en su gran manto de estrellas.

El camino y la campiña y los animales y las gentes, todo estaba silencioso.

Dentro eramos siete:

Wilfrida (llegó una tarde a la casucha y desde esa tarde fué nuestra hermana). Contaba historias de gitanas y brujos y hadas....., hadas que deberían ser tan buenas y lindas como ella misma! Yo la amaba.

Teresa mi hermana, la mayor, la más pensativa, la de los ojos grandes y negros y tristes como almas sin amores.

Esta tenía las más bellas manos entre todas las mujeres de la campiña. En la ciudad un mercader quiso casarse con ella y así lo dijo al tío Francisco de Asís; él la dijo á Teresa, Teresa lo despreció.

Cecilia, Cecilia que era muy alegre y tenía un gato rezongante y sucio a quien besaba en la boca. Era la menor. Yo tenía dos años más que ella. Ella tenía quince años.

Catalina, muy fuerte, muy ancha; era la hogareña, la que cuidaba la merienda diaria cuando la labor del campo nos reclamaba fuera.

Marcos. ¡ Treinta años tenía ! ¡ Qué hermoso mi hermano ! Qué noble y grande. Severo su continente, amplio su ademán, pausada su palabra. ¡ Paréceme verlo !.....

Cuando en las noches en coro rezábamos los rosarios y alabanzas, por nuestros padres muertos, por la parentela, por los caminantes perdidos en los viales al lado de los torrentes y por los que equivocaron el rumbo en la vida, su voz serena y cálida se elevaba sobre las nuestras, y era tanto mi gusto al oírle !.....

Tío Francisco. Tenía una barba luenga de color entre cenizo y ambarino.

Era muy bueno y hablaba con grave pereza tío Francisco.

Y yo.

Ocho días antes, cuando Marcos dijo casarse,

por primera vez le ví levantar sin unción los ojos verdes y lacrimosos, a él, viejo tronco nudoso de nuestra familia, a él que nos llevara en brazos á todos, á él que tenía cien años y una barba donde nuestras manos se perdían inquietas.

En su mirada había una pregunta.

Era también muy de noche.

Teresa me cogió de un brazo y me atrajo á su rostro todo mojado en lágrimas perlinas.

Y así el hermano querido sembraba en la casa semillas de eternas congojas y llantos y penas.

Wilfrida quieta, inmóvil, nada decía;— sus ojos hablaban.

Cecilia acariciaba el gato temerosa, escondiendo su alegría.

Catalina se quejaba con palabras amargas y duras, en voz alta, como hablando para la campiña, para el pueblo distante, para el mundo ignorado.

Y fuera el viento cortante de junio había llamado a la puerta quedamente; la desesperación nos hizo enmudecer; algo había dentro de nosotros mismos angustiándonos, un torcedor implacable..... El viento abrió la puerta, yo dí un grito..... un instante después nuestras almas estaban como heladas.....

Desde entonces no se habló en la casa, ni de Marcos, ni de María de la Cruz.

María de la Cruz era muy hermosa, pero nunca me gustó.— No era como las otras mujeres del pueblo.

No tenía grandes ojos ni pequeñas manos como Teresa; no tenía tanta alegría como Cecilia; no hacía tortas tan ricas como Catalina; no contaba historias tan bellas y que daban un miedo tan dulce de gustar como Wilfrida Como Wilfrida no era nadie.....

María de la Cruz era hija de aventureros. Una vez llegaron al pueblo un hombre muy sucio, de gran melena hirsuta; una mujer tísica, de rostro lívido, como una santa. El hombre bebía, juraba y pegaba a la mujer. La mujer murió de parto; así nació María de la Cruz, y el hombre siguió por la senda de Dios; entonces hizo fortuna prestando con usura a los campesinos.....

Y después, María había crecido y era muy bonita pero no me gustaba.

A Marcos le sedujo con sonrisas y halagos de mala hembra.

Un día Marcos la besó y ella fingió un desmayo y entonces fueron novios.

Así llegó la víspera de la boda.

LAS VOCES

—Pasarás fuertes penas y duros trabajos, Marcos,..... la voz era un lamento; quien hablaba: Teresa de Jesús.

—No tendrás ni pan blanco ni miel rubia y en buen punto de dulce..... la voz tenía un lastimero tono de profecía; quien hablaba: Catalina de Sena.

—No alumbrará tu vida la ilusión, el pan nuestro de cada día..... la voz era serena; quien hablaba: Wilfrida; ví rodar una lágrima de los ojos azules y ardientes a la barbilla aguda, a la manina que semejaba cera. No pude contenerme:

—Marcos!, Marcos! es mala mujer esa! ¡Te traerá la desgracia! ¡Será tu perdición!

—Calla, dijo él, con voz que no era la de siempre.

El gato gruñía, hecho una bola gris y Cecilia le frotaba el lomo con terror.

—Es la voz de la sangre, decía muy bajo el tío Francisco.

Y luego, como quien recita un salmo, alzó la voz y dijo:

—No has de tomar por mujer, la que hablare a tus sentidos; tal no es amor ni es pureza.

Y siete miradas de esperanza, agonizantes, ansiosas de un arrepentimiento, se volvieron al hermano. Bajó la vista y miró después distraído los ojos mortecinos del gato adivinando en el fondo de las pupilas verdosas el contorno turgente de la amada, María de la Cruz la hija de aventureros...

Y acabó la noche y nadie se movía.

De pronto el marco de la puerta se estremeció y en el dintel vimos la figura de María de la Cruz, desgredada, palidísima, dolorosa.....

.....¡ Siete gritos de espanto !.....

En la lejanía, hacia la ciudad, un hombre iba huyendo de una sombra

¿ Cómo fué ?.....

¿ Después ?..... el pobre hermano nada sabe de la vida..... Wilfrida ya no dice sus historias de brujas y hadas y la casa toda se ha callado

ISMAEL SILVA VIDAL

1912

(Del Perú)

(De *En el sendero...*)

Está prevaleciendo entre los jueces la doctrina de que es preferible sentenciar a cortos plazos de prisión a los condenados no reincidentes y vale más hacer expiar con multas que con prisión los delitos pequeños.

RAMIRO DE MAEZTU.

El mero utilitarismo no es jamás regla suficiente de conducta para el ciudadano cristiano.

CARDENAL MERCIER

El trabajo manual en las escuelas

Proyecto de reforma

ENTRE las ocupaciones características del Kindergarten y los trabajos del Sloyd, propios de los grados superiores de la escuela primaria, existe una laguna, una solución de continuidad que la pedagogía (así la antigua como la moderna) no ha podido llenar. Las primeras (*recortes, plegado y engomado de papel, juegos de anillos, listoncitos y tablillas, tejido, picado y bordado, perlas y botones, etc.*), consisten en trabajos sencillos y fáciles, en general bien adaptados al desarrollo mental y físico del párvulo. Muy diferentes por su naturaleza los trabajos de Sloyd (carpintería, trabajos en metal y en cartón, cestería, etc.), requieren cierta destreza muscular, concentración de la atención, dominio de los movimientos voluntarios y, en una palabra, cierta disciplina del cuerpo y del espíritu de que el niño pequeño es incapaz. Por eso los trabajos de Sloyd no deben iniciarse hasta los albores de la adolescencia, es decir, hasta los once o doce años.

Ahora bien, en el período intermedio entre los seis o siete años (término del Kindergarten), y los grados superiores de la escuela elemental, el trabajo manual no está representado más que por los ejercicios de dibujo y modelado y los de horticultura y de jardinería. Los primeros, en realidad de verdad, no constituyen una ocupación manual. Son sencillamente ejercicios de expresión. Y en cuanto a los segundos son casi irrealizables, por falta de espacio, de maestros competentes y de recursos económicos, en la mayoría de las escuelas urbanas de todos los países. En la escuela elemental (fuera de los grados superiores) la idea de la educación para el trabajo es un mito pedagógico, una teoría ciertamente muy bella, pero no corresponde a ninguna realidad.

Para llenar este vacío, que proyecta algún descrédito sobre la pedagogía actual, se ha propuesto ejercitar al niño, por lo menos durante los primeros grados de la escuela, en las ocupaciones y ejercicios peculiares del Kindergarten. El pensamiento es altamente seductor, pero irrealizable, en mi sentir, porque desconoce las diferencias mentales y físicas que la paidología ha hallado entre el niño pequeño (el de la primera niñez) y el de seis a doce años. Las ocupaciones froebelianas, muy bien adaptadas al primero, carecen de interés y de significación para el segundo.

Algunos pedagogos, para suplir la falta a que nos referimos, han imaginado series de

trabajos especiales (recorte, plegado y engomado de papel y cartón, trabajos de hilado, trenzado y tejido de fibras vegetales, etc.) que no tienen ni la sencillez de los del Kindergarten ni el carácter práctico y utilitario de los de Sloyd. La idea es poco afortunada. Algunos de esos ejercicios (v. gr., los de hilado y tejido), no ofrecen interés alguno para el escolar, mientras que otros, como los de recorte, plegado y engomado, de papel no constituyen ocupaciones manuales específicas, sino más bien ejercicios prácticos, de mucho valor en ciertas enseñanzas, por ejemplo en la del dibujo geométrico, la del sistema métrico decimal, etc.

Un gran educador americano, el profesor John Dewey, de la Universidad de Columbia, ha propuesto erigir el trabajo manual en centro de toda enseñanza y educación. (*) Para Dewey, el trabajo manual no es una ocupación, una asignatura que tiene un lugar en el horario, sino un principio de educación, un pensamiento filosófico fundado en un estudio de la evolución humana. El hombre, según él, se ha desenvuelto históricamente gracias a las ocupaciones y trabajos que el medio ambiente siempre determina. Mediante ellas el hombre ha interpretado la naturaleza física. Mediante ellas el mundo tiene sentido, valor y significación.

(*) Véanse los libros "The School and the Child" y "The School and Society" del autor mencionado, editados por "The University of Chicago Press".

“En términos pedagógicos—agrega(*)—esto quiere decir que las ocupaciones escolares no deben constituir en procedimientos prácticos, en ejercicios rutinarios, ni en medios de adquirir destreza práctica en la cocina, en la carpintería y la costura, sino que han de constituir centros activos de comprensión de la materia y de los procedimientos naturales, puntos de partida para la dirección del niño en el desarrollo histórico del hombre.”

Para llevar a la práctica este pensamiento verdaderamente profundo, es necesario comenzar toda enseñanza con las ocupaciones productivas haciendo que el niño, en su instrucción, resuma la marcha de la humanidad en su desenvolvimiento histórico. Así como la humanidad empezó buscando el alimento y el vestido, así también el niño ha de comenzar por el conocimiento de las plantas que nos visten y alimentan y de los trabajos que sirven para elaborar las materias primas (cortar, tejer, hilar), desde sus formas más sencillas y fáciles hasta las más complejas.

Deseando aplicar esta teoría, Dewey organizó (1896) una escuela experimental, en conexión con los estudios pedagógicos de la Universidad de Chicago. Las tres clases de ocupaciones que en ella servían de centro a la enseñanza eran: 1º, los trabajos de madera en un taller; 2º, los de cocina; y 3º, los de costura

(*) Véase página 33 de “The School and Society”.

y tejido. Además, y como ejercicios auxiliares para el estudio de las ciencias y de la historia, se hacían trabajos experimentales, se fabricaban armas, utensilios y se dibujaba, pintaba y modelaba.

La concepción de Dewey es altamente sugestiva, tan sugestiva que con algunas modificaciones ha servido de base a lo que en Alemania, Suiza y otros países se llama hoy *escuela del trabajo*. Según Kerschensteiner, el famoso pedagogo bávaro, el trabajo manual no debe ser una asignatura, sino un principio pedagógico, un medio de desarrollar las actividades mentales y físicas del niño, de despertar y sostener el interés y el goce en el trabajo, de dar unidad a la obra de la escuela y sobre todo, de educar los instintos sociales del niño. El plan de John Dewey no resuelve las dificultades que ofrece la escuela del trabajo porque está basado en una concepción materialista de la historia, más que en un estudio de las actividades mentales y físicas del niño.

El problema que debe resolver la escuela del trabajo es el siguiente: ¿cuáles son las ocupaciones y trabajos educadores que interesan más al niño, y cómo se les puede organizar para que sirvan de base o por lo menos de ejercicios auxiliares a los demás estudios? La solución, si bien difícil, no es, ni con mucho, inasequible. El único medio de acercarse a ella consiste en estudiar atentamente al niño, sobre todo en el hogar, y averiguar cuáles son

las ocupaciones y trabajos manuales que le interesan, que absorben por completo su atención cuando se entrega a ellas.

Hemos tenido ocasión de observar frecuentemente a muchos niños entregados espontáneamente a ocupaciones de diversa índole, y hemos advertido siempre que los trabajos manuales más interesantes para ellos son los que tienen por fin la construcción de juguetes e instrumentos deportivos y las ocupaciones domésticas, cuando no son cansadas, y monótonas. Nada más curioso que el ardor y el entusiasmo con que un niño trabaja cuando quiere fabricar un papalote, una jaula de pájaros, un carrito de madera, una flauta de caña, etc., y nada más notable que el interés y la buena voluntad con que se presta a cooperar en muchas ocupaciones propias del hogar, y hasta en trabajos técnicos que si bien no son, hablando con exactitud, ocupaciones de la casa, en ésta se realizan con muchísima frecuencia. Ejemplo de las primeras son el cuidado de los animales domésticos y los trabajos fáciles de jardinería, y de los segundos la pintura de un mueble, la preparación de un barniz, la instalación de un timbre eléctrico, de una cañería de agua, de un sistema de iluminación, la preparación de una masa de concreto, la costura y encuadernación de un libro, el corte y colocación de un vidrio de ventana, la composición de una llave de agua, el empajillado de una silla, la soldadura de metales, la

preparación y aplicación de una cola, etc. El niño, en la casa y en la calle, siempre está dispuesto a realizar todo trabajo cuya utilidad comprende y que no es ni muy difícil ni demasiado monótono. Si en la escuela no trabaja, es porque allí no encuentra estímulos normales de su actividad. Uno de los secretos del éxito de la escuela nueva y de la institución de los *boy scouts* consiste en que ambas han sabido aprovechar los intereses infantiles, cultivando en el niño la afición al trabajo utilitario o dirigido a un fin relacionado con el juego. Los educandos de las escuelas nuevas aprenden a trabajar en el taller, en el laboratorio, en el jardín, en el corral y en el establo, y los *boy scouts* procuran instruirse en todo aquello que puede serles útil: encender la lumbre, cocinar, montar a caballo, dirigir un automóvil, manejar la llave telegráfica, prestar los primeros cuidados a un herido, etc.

Esta inclinación del niño al trabajo utilitario puede aprovecharse con ventaja en la obra de la educación elemental. En lugar de las figuras de papel y los ejercicios de trenzado, tejido y otros no menos inútiles y fastidiosos, característicos de la pedagogía de antaño, la niña debe ejercitarse en las ocupaciones de su sexo, las que se comprenden en la denominación de *economía doméstica*, y el niño varón en aquellos trabajos *prevocacionales* que las necesidades de la vida, juntamente con los adé-

lantos de la técnica industrial, han introducido en todos los hogares.

Es un error muy difundido el de creer que la división excesiva del trabajo ha suprimido la participación del hombre en los trabajos de la casa. Esto ocurre desde luego en los hogares ricos, donde la abundancia de recursos y el orgullo de clase confían casi siempre a manos mercenarias todo esfuerzo muscular; pero no resulta así en las casas habitadas por familias pobres y aun medianamente acomodadas. En ellas suceden con frecuencia incidentes vulgares, hechos imprevistos que ponen a prueba el ingenio, la destreza muscular y el sentido práctico del padre de familia, del hijo o del hermano. Ora es un mueble que precisa barnizar; ora es la llave de una cañería de agua que no ajusta bien; ya se trata de cambiar el manguito incandescente de una lámpara de gas; ya de cortar y de instalar los vidrios de una ventana o de un escaparate; ya de soldar un recipiente metálico..... Apenas hay día que no reserve a cada hogar una molestia de ese género. El rico lo remedia todo con un recado telefónico o un mandato verbal comunicado a sus domésticos. El pobre, si no sabe remediarse solo, tiene que dejar las cosas como las ha puesto cada suceso inesperado.

La escuela pública ha sido creada, sobre todo, para el niño pobre. El fin que persigue, por lo menos el teórico, desmentido, es verdad, a cada paso por las limitaciones e impureza de

la realidad, es dirigir las actividades del niño para que éste realice en su oportunidad los ideales del adulto. Uno de éstos es hacer del hombre un miembro útil a las comunidades a que pertenece: la familia, el municipio, la nación. Pero la escuela no responde a esta necesidad; no prepara al hombre ni para la vida del hogar ni para la vida del trabajo. ¿No nos pondríamos en el camino del remedio llevando a la escuela elemental la educación prevocacional a que nos referimos?

Creemos sinceramente que sí. Creemos que el trabajo, antes de la adolescencia, no ha de especializarse, sino que debe dar al hombre la preparación general que se necesita para la satisfacción de las necesidades más importantes de la vida; y que tal preparación, hecha de acuerdo con los intereses infantiles, puede servir de base para la comprensión y aplicación de muchos conocimientos científicos e históricos.

La realización de la teoría que exponemos es, desde luego, muy difícil. Exige nuevos planes de estudio, un espíritu nuevo, nuevos métodos fundados en el concepto funcional del niño. Pero ¿qué pensamiento se difunde sin lucha y sin dolores? Las ideas, como las semillas, tienen que vencer la inercia del medio en que han de germinar. La mayoría, como en la parábola del sembrador, cae a lo largo del camino, en pedregales o entre espinos. No falta, empero, alguna que se desarrolle en tierra bue-

na y dé su fruto como prometía Jesús, "cual de a ciento por uno, cual de a sesenta, y cual de a treinta".

A. M. AGUAYO.

(Alrededor de la Escuela. Habana)

Y en nuestra América esta transformación () será la muerte de prácticas y de tendencias que impidieron hasta ahora su emancipación espiritual. Este cambio será estímulo de una palingenesia social y política asombrosa. Una democracia, incipiente hasta ahora, alzará—como nuestro simbólico cóndor—su vuelo majestuoso, de cumbre en cumbre, sobre los tesoros inviolados que el Ande encierra. Será la democracia única soberana; no quedarán ni siquiera los plintos de los viejos ídolos; desaparecerán para siempre los cardos del despotismo ignaro y sólo florecerán y darán fruto la equidad, la probidad, la justicia y el talento, ramas robustas del árbol de la libertad; los hombres se aprestarán para la vida y no para la pasividad; los espíritus no vivirán acongojados y cohibidos ante la interesada amenaza de los que especulan con lo extraterreno; las clases trabajadoras tendrán la participación que les corresponde en la riqueza que crean y los gobiernos que viven de su inteligencia y de su esfuerzo.*

ENRIQUE PEREZ

No es riñendo con sus compañeros como los niños desenvuelven, en el más alto grado, sus facultades físicas. Para esto hay otros ejercicios más saludables, higiénicos y decentes. El caballero yanqui ignora sin duda el entusiasmo con que nuestros niños y adolescentes practican el foot-ball, la carrera, el salto, la natación, la equitación y todos los demás ejercicios de sport que se usan en todos los países que se llaman civilizados. Ni la energía ni el valor dependen de la ferocidad con que se permita reñir a los niños. Energía y valor son dos cualidades del espíritu que se desenvuelven por otros medios que por las riñas callejeras. Ni dependen la energía y el valor de la fuerza física. Cuántos actos de valor heroico hemos visto ejecutar a mujeres débiles y a niños, y cuántos de la más repugnante cobardía han ejecutado militares fornidos, acostumbrados al sport, al manejo del sable y a todo lo que desenvuelve la fuerza bruta. De esto nos ha presentado mil ejemplos el actual conflicto europeo.

ENRIQUE JIMENEZ NUÑEZ

(*) La que ocurrirá después de la guerra actual.

Responso pagano

Ante la huesa recién cerrada de Rubén Darío.

LA prosa de la existencia inquieta ha devorado a un hombre, que por haber nacido bajo el pleno y amoroso patrocinio de Apolo, parecía destinado a alcanzar las cumbres de aquella noble, suave, risueña serenidad con que el poeta viejo contempla lo que deja tras de sí y saborea en vida los primeros juicios de la posteridad. Rubén Darío ha jugado con la vida como jugaba con la rima y el ritmo de sus caprichos malabarescos; y la vida—que empieza por tolerarnos todo y concluye por no perdonarnos nada—se ha vengado del que la atropellaba sin reparos, jinete en un corcel de luminosas crenchas y sonoro resoplar, que si no era el mismo Pegaso, por palafrén digno de un rey de la poesía española le tuvimos en ambos hemisferios del planeta.

Las espinas han podido más que las rosas en las sienas de Rubén Darío, y los caballeros de la Quimera se han quedado sin un egregio

paladín. Es fama entre soñadores que al hacer el poeta, el artista, el sembrador de ideas, el evocador de imágenes, su entrada triunfal en los campos de perenne reposo que se extienden mas allá de la laguna Estigia, le acompañan en fantástico cortejo múltiples figuras y representaciones de cuanto amó, creó, cantó, inspiró e infundió también en los demás, durante su paso por la tierra.

Si esto es como lo tengo aprendido en mis desordenadas lecciones con los Caballeros de la Quimera, juro al Pindo que la entrada de Rubén en "el centro de las almas" dejará maravillados a todos los inmortales, por muy hechos que estén a ver séquitos raros y heterogéneas cabalgatas.

¡Lo que gozará con tal espectáculo Víctor Hugo, el amador y forjador de las grandes antítesis! Porque ¿cómo dudarlo? este semi-dios del Parnaso moderno será de los primeros en salir a dar la bienvenida a quien fué rendido devoto de su numen. Víctor Hugo le ofrecerá en copa de oro el néctar de los dioses; no sin que este sumo agasajo provoque un irónico mohín en la cara socrática de Pablo Verlaine y en el semblante alucinado de Edgardo Poe.

—¡Si fuera ajenjo! — murmurará el autor de “Las fiestas galantes”.

—¡Si fuera whisky! — susurrará el poeta de “El Cuervo”.

Andrés Bello ofrecerá a Rubén Darío el laurel clásico que regaron las aguas de Hipocrene. Don Alonso de Ercilla, la refulgente espada con que saludó, más que combatió, a los valerosos indios de Arauco. Sendas guirnaldas de flores tropicales le brindarán los dos Heredias: el que cantó en castellano la grandeza del Niágara y el que ensalzó en francés a los conquistadores. ¿Cómo enumerar a todos los ascendientes y hermanos del poeta? Al frente del tropel hispánico irá Don Luis de Góngora.

—Venid acá — dirá el cordobés al americano—; venid y dadme los brazos, hijo mío.

Y empezará el desfile del cortejo. ¡Singular, peregrino, tumultuoso y asombroso cortejo, capitaneado por el Genio y la Incoherencia!

Junto a las flautas de oro de los efectos delficos, los clarines estridentes de Pizarro y las dolientes chirimías de Atahualpa; junto a los violines que acompañaron las gavotas de Versalles y Aranjuez, el palmoteo brutal de las “juergas” madrileñas y sevillanas; en pos de

las Nuevas Musas, una caterva de mozas vocingleras, entre las cuales se verá a la Gananciosa y la Cariharta del patio de Monipodio revueltas con la "Grille d'Egout" y la "Casque d'Or" haciendo cabriolas y cancanescas. ¡Toda la lira de la Poesía y toda la zambomba de la bacanal!

El poeta vendrá sentado en el mismo carro de oro, tirado por tigres a quien el Genio domó, en que el divino Baco hizo su viaje triunfal a la India. Detrás del carro, las tres Gracias lanzando rosas y jazmines sobre el poeta. Y en pos de las tres Gracias, los Siete Pecados Capitales con el acoso de sus voces roncadas.

Princesitas tristes, princesitas rubias, princesitas lejanas, deshojando las flores de la Ilusión y el Desengaño; caballeros velazqueños atusándose el bigote; penitentes y encapuchados entonando el "mea culpa" del arrepentimiento; Cyrano de Bergerac dando el brazo a Agustín de Rojas; tilingos de Buenos Aires leyendo a Rubén en "La Nación" y trasnochadores de Montmartre brindándole la "última" botella de Champaña; ruisseñores del Generalife, y tras de ellos, las urracas de la crítica cicatera; cisnes arrogantes, los cisnes que adoró el poeta, y en pos de su cohorte majestuo-

sa, otra de gansos, los gansos que remedan ridículamente a los cisnes del excelso cantor.

Así como en los triunfos de los Césares y caudillos romanos no faltaba el voceador de improperios, a fin de que los vítores y loores no desvaneciesen al triunfador, tampoco faltará en el glorioso cuanto abigarrado séquito de Rubén Darío la ralea servil de sus imitadores, de estos que no han sabido imitarle más que en sus licencias caprichosas, en sus escapatorias a la turbia región de la extravagancia, sin acertar a iluminar la imitación simiesca con un solo rayo de aquel numen que hoy, depurado por el Dolor y por la Muerte, entra en la definitiva y soberana esfera de la Gloria.

Tus hados ¡oh Rubén! han querido que dejases esta azarosa vida terrenal en el mismo año que conmemora secularmente la muerte de Cervantes y la de Shakespeare. Tus hados, oh inolvidable amigo de toda mi amistad, oh poeta digno de haber logrado mayor y mas serena fortuna en esta vida, han dispuesto que entrases en la región de los tuyos como entraron los padres de Hamlet y Falstaff, de Don Quijote y Sancho: con el tumultuoso cortejo, ya sublime, ya prosaico, que acompaña

a todas las grandezas y todas las flaquezas de esta Humanidad que ha tenido en ti admirable y envidiada, divertida y dolorida representación.

Siendo muy hombre, te acercaste a los dioses. Ellos darán a tu sombra y a tu fama la paz inmarcesible que no lograron tu espíritu y tu cuerpo en sus turbulentas andanzas por este valle donde una vislumbre de gusto y risa se paga con un raudal de lágrimas y penas.

MARIANO DE CAVIA

(De *El Imparcial*, de Madrid.)

La educación de un pueblo es algo más que idea, libros y conocimientos; es una actitud espiritual frente a los hechos de la vida, un sentimiento, una disposición altruista de la voluntad, un amansamiento de la bestia trágica que suele a ratos poner todo el material de su cultura al servicio de una barbarie rediviva.

E. NELSON

Sabemos, sí, con firme certidumbre, que el trabajo desarrolla la energía, y la cultura robustece la dignidad. Hombres trabajadores y cultos, realizaremos la justicia dentro de la Nación, y respetaremos la paz de las naciones contiguas.

JOSE INGENIEROS

Salmo fraterno

a Rubén Darío

*Huyendo de las furias y la Parca
Que devoran a Europa, fue tu barca
Al lago azul de tu solar;
Pero ¡ay! que allá en las patrias lomas
Ya no te esperaban las palomas
Y las garzas morenas de tu primer cantar.*

*La niebla de tu lago sensitivo
No era ya de cristal humo votivo
Propicio al sueño del gandul;
En tus lirios había un quiebro
Y la aurosa red de tu cerebro
No era ya jaula firme de tu pájaro azul.*

*Gima trémulo el parche con sordina
Pues que se destrozó tu cristalina
Dulzaina lírica, Rubén;
Vélese el azul con crespones
Y destémplense los diapasones,
Huérfanos ya del ritmo divino de tu sien.*

*Con gesto compungido y doloroso,
Y en ademán febril, pero saudoso,*

*Emprenden ronda funeral
Tras el sepulcro de tu testa
Las musas que en la nueva floresta
Oyeran el gorgceo del canoro turpial.*

*Imposible, Rubén, que con tus manos
De azucena fabriquen los gusanos
Horripilante fetidez,
Y que en tus pupilas radiosas
Y en tu corazón hecho de rosas
Penetren las oscuras raíces del ciprés.*

*La realidad no puede convencernos
De que a tus lirios albos, sempiternos,
Haya llegado la segur;
¿Qué resta entonces, ¡oh, Dios mío!,
Para soportar este vacío,
Si al odio de las larvas no se escapa el ázur?*

*¡Oh, Rubén! los hermanos que pudimos
Ver cómo tiritaban los racimos
De tu carne ante el ataúd,
Con ojos perlados de llanto
Te vemos, sacudido de espanto
Mirando al crucifijo y abrazado al laúd.*

*¡Oh! pobrecita tu alma temblorosa
Cuando envuelta en su túnica de rosa
La perseguía Lucifer,*

*Y cuando en sulfurosos faros
—Libélula de caprichos raros—
Iba el polvillo de astros en brasas a perder.*

*Cuántas veces heroico resististe
De la vida vulgar al golpe triste
Con tu serena majestad,
Y cuántas hosquedades frías
Al pasar por tus melancolias
Tan sólo rebruñeron tu ingénita bondad.*

*Pensativo viviste en tu bohemia
Como el pobre Lelidn, mas sin blasfemia
Y sin empozoñar tu miel;
Nunca tu Sátiro se avino
Con las emboscadas torpes, sino
Con la galante ofrenda de la carne al laurel.*

*Inepto para libras esterlinas,
Fuiste amo del joyel de las ondinas
Y dueño de celeste hoz;
Por eso brilla en tu redoma,
Como halo auroso del idioma,
La expresión de la parte que tenemos de Dios.*

*Vaso humilde de todos los dolores,
Prisma fiel de las almas y las flores,
Harpa de música augural,
Crisol de ritmos y de rimas:*

Con la vara de medir, no pasaremos del mostrador

¿Quién, que no se haya escapado de un manicomio, preconiza en Colombia o en cualquier otro país de Sur América, que se abandone la neutralidad?

Para que las causas que defienden unos y otros beligerantes no sean causas nuestras, se necesita, o que esta tremenda lucha carezca del significado histórico que le dan los que en ella exponen todo, y los neutrales de todo el orbe, o que nosotros, los sud-americanos, nos situemos fuera de las corrientes de la vida humana y le demos al pavoroso cataclismo el carácter de una riña de gallos, magnificada al infinito. Tal proceder no desvirtuaría los móviles de los combatientes, pero sí empujaría y degradaría al espectador que lo adoptara. Además, sería una ficción baladí: en los campos de batalla de esta Europa torturada, están en juego, querámoslo o no lo

queramos ver, nuestra libertad y nuestra independencia.

Si se nos considera como pueblo inferior —suponiendo que así sea—nuestro esfuerzo debe ser el de revelar e imponer nuestro mérito, sino por el noble orgullo de la consideración misma, sí por conveniencia.

Los verdaderos intereses de Sur América, no se sirven, sino que se les traiciona, guiando el criterio de nuestros pueblos exclusivamente por la vía del “más provechoso comercio.” Si reducimos nuestro ideal al tráfico provechoso, mereceremos que se nos despoje del patrimonio que nos legaron hombres que, si acaso no siempre eran muy listos para el vivir, sí sabían morir. Si hemos de convertir nuestras naciones en simples mercados, bien pronto perderemos nuestra soberanía, que, en tal caso, venderíamos a compradores que no faltarían.

Felizmente, ni en Colombia ni en el resto de la América Latina, se ha trocado en agua de malvas la sangre en las venas de los hombres. Aliadófilos o germanófilos son todos: para ellos, la actual guerra ingente, monstruosa, aterradora, estremecida de dolor, empapada en sangre y llanto, preñada de misterio y de

pavor, que puede ser un abismo proceloso en que se hunda la civilización, o el alumbramiento atormentado de una nueva era de redención, es algo más que el mostrador sórdido de un tabuco, cubierto con un trapo, en que se esfumen los desteñidos colores patrios, en la mugre de las monedas recogidas, del mejor pagador, entre la agonía universal. Allá, no hemos llegado en Sur América, y no hemos de llegar, a pesar de los apóstoles novísimos que vienen a horcajadas en los hombros de la aurora (porque para ellos amanece) a predicar el evangelio de las tinieblas.

Corría el año de 1864. Napoleón III había invadido a Méjico para fundar allí un imperio. Las noticias viajaban lentamente en el interior de Colombia. Llegaban crecidas de rumor, como de algas marinas los cascos de los barcos, después de una larga travesía. En Tunja se dijo que Méjico era un principio, que ya caerían como peras maduras las demás Repúblicas en el cesto imperial del usurpador francés. Estaba reunida la Asamblea Legislativa del Estado Soberano de Boyacá. Un vigilante y celoso diputado, sentó esta proposición:

“La Asamblea Legislativa del Estado Soberano de Boyacá, en uso de sus facultades constitucionales y en defensa de los intereses públicos,

CONSIDERANDO:

1º *Que la suerte de la libertad es solidaria, en todo el orbe, y en mayor grado aún entre pueblos no sólo congéneres, sino hermanos;*

2º *Que Napoleón III, titulado Emperador de los Franceses, ha invadido con sus tropas mercenarias, el sagrado territorio mejicano, derribado la república y erigido un imperio despótico, en aquella tierra clásica de la libertad;*

3º *Que es de pueblos y de hombres dignos de ser libres, acudir en defensa de la libertad sin contar el enemigo ni medir el peligro:*

DECRETA

Art. 1º Declárase la guerra a Napoleón, titulado Emperador de los Franceses.

Art. 2º Elévase el pie de fuerza del Estado a cuatrocientos hombres.

Art. 3º El Poder Ejecutivo del Estado dictará las medidas conducentes al pronto rompimiento de las hostilidades, las que sólo deberán cesar cuando el invasor haya sido arrojado del suelo americano, y el glorioso pabellón de Méjico, ondee otra vez, libre y supremo, al sol de la patria redimida.

Publíquese y ejecútese.”

¿Reís? ¿Opereta, decís? Erráis de medio á medio. Ardía en aquel majín, incapaz de la percepción ponderada de las realidades, una chispa inmortal de amor al ideal. Los que nos rediman en la América del Sur, vendrán con una antorcha: con la vara de medir, no pasaremos del mostrador: a algo más nos dan derecho ciertas páginas de nuestra historia y el depósito sagrado de potencialidades para el bien de la humanidad, que le plugo a Dios confiar a nuestras manos.

HISPANO

(Hispania. Londres.)

Fontana cándida

Para mí, nada pido:
Dadme una rama de árbol, una roca,
Y las tendré por nido.

Mi nombre pronunciado
Con ánimo gentil por vuestra boca,
Me hará creerme amado.

Evocad mi memoria
Al ver una luciérnaga, una estrella,
Y me daréis la Gloria.

Pobre es mi celda, pero
A veces canta o se lamenta en ella
El universo entero.

¡ Mi ideal !... lo harta un perfume
De yerba fresca; en la oblación de un beso
Su mole se consume.

Llama que al cielo amaga
Es mi ambición, que un niño cruza ileso
Y una lágrima apaga.

Todo lo tengo... y, breve,
Cabe en un verso mi caudal; más grave
Es un copo de nieve.

Detesto el mal, y amigo
Del malo soy,—mi carne bien lo sabe—,
Pero a mis jueces digo:

Dolor me apacentara;
Soy el loto que sorbe en agua impura
Su aroma y su miel clara;

Mi cuerpo con sus lodos,
Dejádmelo, que es mío: con su albura
Mi espíritu es de todos...

Y así, aspirando al cielo
Y aspirando a la tierra, y aspirando
A la quietud y al vuelo,

En este inquieto viaje
Me siento derribar de cuando en cuando
Por el contrario oleaje.

Y duermo. Y en el sueño
Me pregunto: ¿quién soy?...¿quién me conoce?...
¿Estoy despierto o sueño?...

¿Es crimen, es mentira
El placer que me aflige?... ¿santo goce
El dolor que me inspira?...

Y alguien responde; acaso
El ángel bueno que me guarda; el malo
Que me perturba el paso:

Dios mismo, acaso Cristo
Por la boca de lodo en que resbalo,
O el lirio que conquisto.

Y el dictamen obscuro,
Bajo el aire celeste, en la vigilia,
Deformo, o transfiguro,

En dádiva secreta;
En salmo de esperanza a la familia,
Al amigo, al poeta;

En hieles del despecho;
En áspid que amenaza por la espalda,
Y me emponzoña el pecho;

En un meditar solo;
O en hoja y flor que en ática guirnalda,
Tiendo a los pies de Apolo.

Ya aletazo aquilino
Toca mi ciega fuente, y va a los vientos
El chorro cristalino:

Milagroso fantasma
Que enloquece a los pájaros sedientos
Y a los árboles pasma.

Ya mi ala a Dios exalto,
Y mi pluma se inflama como loca
En su fanal más alto.

Ya mi bordón requiero
Y no aquieta mi labio hasta que toca
La sandalia de Homero...

¡ Tu cielo azul ! Tus lares !
¡ Patria ! Nevado monte ! Casa vieja !
Roble de mis cantares :

Que tu amor me apacigüe ;
Quiero ser en tu rama dulce abeja,
Solitario copigüe. (*)

Y tú, que el agua acreces
Del mar en que me esperas, con tu llanto,
¡ Madre ! ¿ No fuí mil veces

Golondrina en tu alero,
Rey mago en tu pesebre ; en tu quebranto,
Serenador lucero?...

¡ Oh amor ! Para invocarte
Unjo de aromas finos mi piel ruda ;
Mírome en tu agua, aparte.

(*) Lapageria rosea: trepadora chilena cuya flor roja, o blanca amarilla cuelga de los árboles como un lirio invertido.

Para ablandar tu reja
Pido al hambre su súplica más muda;
A la torcaz, su queja.

Y si me das oído,
Y me entrega su miel tu labio joven,
En tu más hondo nido,

Vuelo a asilar mi aurora,
Para que las alondras no me roben
La eternidad de tu hora...

Mas ¡ay! cuán poco dura...
Murciélagos me ve la tarde triste;
Candil, la noche oscura.

Cabe la turbia poza
Gime la rama humilde; por su alpiste
Mi ruiseñor solloza.

Dios, patria, amor, ensueño,
Se me apartan. Embriágame el olvido
Con su fatal beleño,

Y me entrego a mi suerte,
Fragil alga que azota enfurecido
Un aquilón de muerte...

Y al vendaval, el alga:
¡ Muévate, oh Dios, mi lóbrego destino!
¡ Mi confesión me valga!...

Y al alga, el vendaval:
Flota y canta; serás carbón divino:
Te mudaré en cristal.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA.

Roma, Noviembre de 1915.

(*Letras*. Quito.)

La Universidad fué anterior a la Edad Moderna, la enseñanza secundaria fué contemporánea de la aparición del tercer Estado, la Universidad abierta es el órgano de una democracia feliz que no nivela en la vulgaridad sino en la felicidad, en la sabiduría, es decir, en la sencillez y la serenidad.

La enseñanza fué de excepción, aristocrática y cerrada.

La Universidad moderna tiende a alcanzar al mayor número con sus beneficios: ha cerrado la extensión universitaria, característica de su nuevo espíritu educa al adulto y a la mujer.

JUAN B. TERAN

La mujer moderna

Cartas a las mujeres de España

Tierra y Hogar

SEÑORAS mías: Salí hace pocas tardes de Madrid, camino de los Carabancheles. Era una tarde tibia de primavera; llovía, con esa clara, amable, casi fragante lluvia de fin de Marzo. Si bien los árboles aún no tienen brotes aparentes, la tierra empieza a verdeguear.

¡La tierra! Palabra mágica, compendio de toda bendición. ¡La tierra! Madre, nodriza, maestra, consoladora, cuna y sepulcro. ¡La tierra! Creadora de hombres, mantenedora de hombres, fuente de salud, manantial de serena alegría, engendradora de positivos goces e inmortales placeres... ¡La tierra...!, o, para entendernos mejor, ¡el campo! como se dice por acá. Como la primavera tiene un don inmortal de purificación, hasta la miserable tierra que se extiende provincia de Madrid adelante desde la Puerta de Toledo tenía aquella tarde, por su virtud, aire de fugitiva pureza..., y sin embargo, acaso no haya pedazo del planeta más deshonorado por la increí-

ble fealdad que han arrojado los hombres sobre él. En cuatro, en cinco kilómetros a la larga no se ven a ambos lados de la carretera más que aglomeraciones de poblado horribles: casas de ladrillo, de adobes, de yeso, de barro, de lata, miserables, horrendas, sucias, mal alineadas, hediondas; tabernas y ventorros que parecen cubiles, tiendas de comestibles y carnicerías peores que pocilgas; estiércol, podredumbre, barro negro y revuelto, desperdicios de toda clase, muladares, zanjas llenas de agua estancada y podrida. Sobre el barro, unos cuantos perros e innumerables chiquillos sucios desde la punta de los pies a la punta del pelo; costra en las caras, costra en las ropas, costra en los pedazos de cuerpo que dejan ver los pedazos de tela que faltan; hedor en el aire, aun estando a campo abierto, de frituras imposibles de nombrar... Un poco más lejos, dos colonias de hoteles un poco más limpias, pero tan enfangadas como el camino mismo, formadas por hoteles de un mal gusto tan agresivo, de una incomodidad tan evidente... Un poco más allá, una plaza de toros: de la carretera a la plaza, el único camino decente de todo el trayecto, la única senda enarenada. ¡Algo es algo! Al pie de la plaza de toros, el pueblo, tan feo, tan sucio, tan infecto, tan maloliente como los poblados de la carretera; enjambres de chiquillos asomando por las puertas de casas negras como antros, negros ellos de suciedad, con el cabello entre

jer, fuera de España, sienta la necesidad de tener un hogar fundado en tierra suya, con paredes suyas, con un ramo de flores y una cesta de frutas para poner encima de la mesa, cortadas en su propio huerto.

Las ciudades enteras emigran los domingos al campo. Cada cinco minutos salen trenes, tranvías, ómnibus, automóviles, de todas las grandes poblaciones europeas, para llevar lejos de las calles estrechas a la grey trabajadora. Sólo en España no. ¿Por qué?

¿Dónde vamos a ir—preguntarán ustedes— si el campo que está al lado de Madrid es tan horrible como usted mismo afirma? Pero, señoras mías, ¿quién tiene la culpa de que lo sea?

Ya estoy oyendo responder: ¡ El Gobierno !, con unanimidad aterradora. No, señoras mías. Es muy cómodo echarles la culpa de todos los males a Dios, que los consiente, y al Gobierno, que no los remedia. Ciertamente que el Gobierno es muy malo; pero sencillamente, el servidor del país que él elige, y echar a los Gobiernos la culpa del mal estado de un país es lo mismo que echar a una criada la culpa de que la casa esté sucia; sucia estará la casa mientras la dueña de ella no sienta la necesidad de que esté limpia y no imponga su autoridad para lograrlo. Horrible será el campo de España, imposibles los caminos que conducen a él, mientras España entera no sienta amor al campo y necesidad de vivir en

él. Si todos deseásemos salir de la ciudad por un camino cómodo, bien arreglado estaría el camino: bien arreglado está — ya se lo he dicho a ustedes — el paseo que conduce a la plaza de toros de Vistalegre. ¡Y hasta tiene sus dos filas de árboles! Eso es todo: querer.

¿Y quién ha de infundir esa voluntad? Sencillamente: quien eduque a los que han de ser hombres.

¿Y quién debe educar a los hombres? Su madre, que para eso ha nacido y esa es su misión. La madre hace el hogar cuando ella misma siente la necesidad del hogar.

Leo en un informe del Congreso de las mujeres, de que hablé a Ustedes en el número anterior de la "Mujer Moderna", lo siguiente:

"De una idea moral que fué al mismo tiempo idea de mujer nació en Sedán la "Obra de los jardines obreros", uno de los mejores instrumentos de la lucha antituberculosa, por lo que contribuye al mejoramiento moral e higiénico del hogar obrero, que, por medio del cuidado de un jardín propio, aunque pequeño, se prepara para la vuelta a la vida del campo.

"Esta "vuelta al campo" es una tendencia esencialmente femenina y que puede tener trascendencia beneficisísima para la salud pública. Las mujeres de todos los países verdaderamente amantes de su hogar tienen la admirable tendencia a huir de las ciudades aglome-

radas, malsanas, sin aire y sin luz, y a procurar la vida en "las afueras", donde sea posible un pedazo de huerto o de jardín, donde puedan entrar por las ventanas los dos grandes agentes de salud: el sol y el aire limpio."

¡Ojalá esta observación hecha en el último Congreso feminista pudiera ser verdad tratándose de nuestra Patria! ¡Ojalá la mujer española tuviese verdaderamente amor al hogar sano y limpio, al aire, a la luz, al sol y a la tierra! ¡Ojalá comprendiese que en la tierra está la salud física y espiritual de sus hijos, y les enseñase a amar el huerto, a respetar el árbol, a reverenciar la fuente, a adorar la espiga! ¡La salud de España, la riqueza de España, la salvación de España, está en la tierra! ¡Ojalá las madres lo comprendiesen, y así no empujarían a sus hijos hacia la ciudad, congestionada, sucia por fuera y por dentro, corrompida y corruptora! Si las madres pusieran en manos de sus hijos el arado y la azada como instrumentos santos, enseñándoles a crear con ellos abundancia, en vez de presentarles como ideal la roída pluma del oficinista, la carpeta manchada de tinta, la mesa sucia de café y ceniza de tabaco, muy distinta sería la vida española. ¡Pensad en esto, mujeres de España! No penséis que el oficio de labrar la tierra sea exclusivo de ganapanes y gente sin cultura. Pensad en que precisamente esta palabra "cultura" quiere decir "cultivo" y del cultivo de la tierra viene. Pensad

que el oficio de la agricultura es el primero de la civilización y que primeramente estuvo en vuestras manos. ¡Reverenciadle y amadle, por vuestro y por bueno! ¡Volved a la tierra, empujad e impulsad a los hombres a volver a la tierra! Creédmelo: debajo de una frente tostada por el sol caben muy altos pensamientos. Si sois ricas, poned vuestra riqueza en tierras que podáis hacer labrar. Si sois pobres, procurad con ahorro un pedazo de tierra que podáis labrar con vuestras propias manos, ayudadas por las tiernas manos de vuestros hijos pequeñuelos. El hombre que de niño ha visto crecer una planta por cuidado suyo, ya no olvida nunca el gozo de crear, y es dentro de su Patria un elemento constructor. Si estáis sujetas irremisiblemente a la ciudad por el oficio o la profesión del hombre que os gana el pan, procurad que la casa en que vivís no esté en el centro de la población. ¿Qué sacáis, mujeres madrileñas, por ejemplo, de vivir en la calle del Pez, de la Madera, de Jesús y en otras ciento de peor traza? Hay hogar que cuesta quince o veinte duros en una calle infecta y céntrica, que por diez, y cinco de tranvía para el padre podría instalarse en las afueras decorosísimamente. Claro que en las afueras no hay escaparates; pero hay aire y sol, hay posibilidad de cuatro palmos de tierra libre, cercados por una empalizada dentro de la cual, si teneis hijos, con cuatro plantas y una docena de animales

domésticos podéis crear para ellos un reino maravilloso que deje huellas en su inteligencia y en su corazón para toda la vida.

“No hay nada que ensanche el horizonte del alma de un niño —ha dicho una mujer ilustre — como la empalizada que cercando el huerto, le aísla del mundo exterior”, y es verdad. Con un poco de tierra se crea el reino prodigioso del hogar.

Y hogar es lo que falta en España, lo que ha faltado en ella siempre. ¿Habéis leído alguna vez, de niñas, algún cuento, algún libro, que hable de intimidad, de familia, de unión doméstica, de lumbre en la cocina o en la chimenea, de trabajo a la luz de la lámpara, de estudio sereno, de plática entre el padre y los hijos, de madre hacendosa, de hijos que corten leña, de hijas que sirvan la sopera humeante, de manteles limpios, de ropas bien olientes, de armarios en orden, de suelos relucientes, de lienzos tendidos a secar al sol, de ida alegre a la escuela, de correrías por las veredas campesinas en busca de fresas, de la madre que en plena primavera prepara en la cocina soleada las conservas de frambuesa y grosella para el invierno, de leche rebosante de espuma, de agua clara en jarro de cristal, de nata en casa pobre, de queso blanco, de pan dorado? ¿Habéis leído — repito, algo de eso, que es el verdadero gozo de vivir, en algún libro escrito por un español? ¡No por cierto! ¡Esos maravillosos cuentos de tierra y hogar,

tan inverosímiles para nosotros, que los hemos equiparado siempre a cuentos de hadas, nos han venido siempre de fuera: Francia, Inglaterra, Alemania, América del Norte, Dinamarca, Noruega, nos han enviado de sus tierras, no ciertamente mejores que las nuestras, la visión del hogar fundado en tierra y en trabajo.

Mujeres españolas de hoy, ¿no podéis vosotras crear esa maravillosa visión dentro del alma de vuestros hijos? Haced para ellos un hogar que puedan estar echando de menos en cuanto se aparten de vuestro lado; con eso tendrán ansia de crear uno propio con su propio esfuerzo, y pagarán a sus hijos la bendición que de vosotras hayan recibido. ¡Mujeres españolas, volved a la tierra, y aun cuando viváis en las ciudades, haced de vuestra casa un jardín, donde no haga frío, donde haya limpieza, donde haya estudio, donde haya libros, donde haya conversación, donde los hijos pregunten y contestéis vosotras instruyendo, donde los pequeñuelos os rodeen incesantemente y, como en los cuentos, reciban de vuestras manos con el pan y la miel, la sal y el sentido de la vida....!

Mujeres de España, cread la España nueva e inmortal en el entendimiento de vuestros hijos, que ahora son como cera en vuestras manos!

GREGORIO MARTINEZ SIERRA

(Blanco y Negro. Madrid.)

RECERTORIO BIBLIOGRAFICO

Un libro de Azorín (*)

AZORÍN comienza la historia del Licenciado Vidriera antes del punto en que la comenzó Cervantes. Traza una infancia azorada y honda en páginas sin literatura, a veces con frases de rutina. No agradarán a los muy jóvenes: están hechas para los que han sufrido. (Ya sé: desde muy temprano se sufre; pero sólo desde cierta edad aprovecha.) Interpreta el asunto a su manera, a lo romántico. Como su propósito premeditado es interpretar así el siglo de oro, aceptémoslo provisionalmente. El punto de vista contrario sería el del "retrato imaginario" de Walter Pater, en que el autor procura retroceder a los tiempos de su personaje. Se desarrolla, pues, la vida romántica de Tomás Rueda; huye a Flandes por horror a la grosería española (¡ fresca pintura la del interior holandés, así como fué sorprendente, en su sobriedad y tino, la de Madrid!) y de pronto desaparece. *Azorín* se desentiende de él y lo echa del libro a punta-

(*) *El Licenciado Vidriera visto por Azorín* (en el Tricentenario de Cervantes MCMXVI). Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

piés. Se acuerda de Francisco Giner—recién muerto—y acaba recomendando la lectura de los libros tradicionales.

Como se ve, este amigo del orden no ha agotado las últimas consecuencias de su sistema: no quiere aún volver a los géneros definidos; prefiere quedarse en esos géneros intermedios, decadentes, lucianescos, en que la invención y la parodia se tocan, y ésta sirve de arranque a la crítica, al ensayo humorístico (es decir: personal), a la digresión ética o política. *Azorín* no es un novelista: no crea hombres. (Recuérdese a Galdós.) Crea nombres; mejor: recuerda nombres (Calisto, Melibea, Tomás Rueda, la ilustre fregona, etc.); y, con pretexto de tales nombres, nos describe una sola alma: la suya. Y no directamente, ni por medio de la pasión o la acción, sino de la contemplación: el rasgo de paisaje, el estado de ánimo. (El preferiría decir “el estado de *sensibilidad*”. Adviértase la frecuencia de esta palabra a través de todos sus libros. *Azorín* hace, en su país, la *campana de la sensibilidad*, para decirlo en lengua germánica.) Su Licenciado Vidriera es transparente como el vidrio. Las páginas más intensas—las de la infancia—corresponden a la época en que el hombre espía, como un animal inteligente: todo contemplación. Su Tomás Rueda nos confunde con el dialoguista de *La Voluntad* y con el viajero

de *Los Pueblos*, y al fin nos descubre lo que es: tenue velo tras el cual se esconde *Azorín*. Es una figura autobiográfica en cierto modo. Pero no para que el autor obre por ella o se pinte en ella: sino para que por ella contemple el mundo, melancólicamente, cual por una ventana. Y ¿qué es la ventana? Un marco de aire. Y como el autor es, hasta hoy, una realidad humana no discutible, nos ilusiona ese contorno que lo recuerda y acabamos por creer que hay un hombre donde sólo hay un pretexto de ensayos personales, de sutiles observaciones sobre las arañas o las mujeres, las montañas, los ciegos, los sobrados, el dormir, el escupir, el fregar el suelo, las ciudades de España—pintadas con un arte eficaz—y otros cien asuntos, unos minúsculos, otros grandes, pero dados en miniatura por aversión a los monumentos públicos.

Azorín no es novelista. No se resigna a desarrollar la fábula, y la deja donde le estorba, con una paradoja de estilo que tal vez era elegante hace un año. Tampoco se resigna a describir las verdaderas crisis de su Tomás Rueda. Cuando el niño se duerme, ebrio, y despierta en el carro de farsantes ¿qué pasa por su alma? Media página en blanco: eso pasa. Cuando la tragedia del amor, todo se resuelve en una afortunada frase literaria y en una enfermedad. Pero..... ¿y el amor mismo? Página en blanco.

(Recuérdese *Le rouge et le noir*.) El Licenciado Vidriera va a Italia y a Flandes: ¿qué trajo de allá? Además de libros de versos, porque eso no nos interesa y hasta es una salida poco ingeniosa, ¿qué trajo de sus bregas y fortunas? ¿Nuevas emociones? Al novelista no le basta decirlo, sino que las pone a vivir. Lo que era, para Cervantes, la locura del Licenciado Vidriera, se transforma para *Azorín* en una irritabilidad de esas que padecen hoy todos los escritores y los que viven con demasiada riqueza (los ricos, y los otros ricos): el carácter se le exagera, y se vuelve un poco *vidrioso*. Seguramente que aquí hace *Azorín* psicología, pero psicología curiosa, de museo de juguetes: no la pintura de un hombre. La mayor intensidad psicológica quedó en las páginas de la primera infancia: es decir, la era no novelesca, la era pasiva. Sí, pasiva: no hay que regatear su precio a las palabras.

Presumo vagamente que el *Heraldo de Cuba* habrá publicado ciertas notas que envié a la aparición del libro *Al margen de los clásicos*. *El Licenciado Vidriera* comprueba algunas de mis conclusiones de entonces. Conclusiones digo, no discusiones: todos estamos de prisa y hay que hablar lo mínimo. Decía en esas notas que *Azorín* es un gran lector, y uno de los que mejor han leído sus clásicos. A veces, escribe porque lee; y, a veces, escribe lo que lee. El libro ac-

tual, por momentos, parece urdido para digerir diez o doce preciosas lecturas. ¡Bella tarea de comentario sentimental! *Azorín* descubre el pulso de los libros: la página, la palabra en que late su corazón. (Pág. 42: *La Eneida*, Alcalá, 1586; pág. 54: *El Peregrino en su patria*; pág. 63: Cervantes; pág. 82: *La Dorotea*; pág. 93: el *Amphitrion*, trad. de Pérez de Oliva; pág. 95: *El Político don Fernando y El criticón*; pág. 102: *El donado hablador*; pág. 114: *La perfecta casada*; pág. 124: *Diálogo* de Pérez de Oliva; pág. 135: Zamacola; pág. 143: *Oráculo Manual*; pág. 145: *Les Delices de la Hollande*; pág. 146: Lemaitre; pág. 156: Lorente, traductor de Virgilio. El libro tiene 161 págs.) Había clasificado a *Azorín* como *poeta de ventanas*. *Azorín*—decía yo—es un hombre a la ventana: es un caracol que asoma, desde la hendedura, sus palpos filosóficos. Vea ahora el lector el capítulo del nuevo libro que se llama *Las ventanitas*. Había hablado del bovarismo de *Azorín*: facultad de concebirse distinto de lo que se es: de mudar el ser. Vea ahora el lector la descripción de un proceso de bovarismo en la pág. 149: la ilusión de la realidad interior. Sin embargo, se impone una atenuación: el bovarismo de *Azorín* es meramente verbal. Ya decía yo que no crea hombres, sino nombres. En vez del señor Martínez Ruiz, el literato *Azorín*: he aquí

todo su bovarismo;—tenue, discreto, útil para la transformación definitiva que se operó en el alma de este tímido, antes anarquista y hoy sabio. El verdadero bovarismo, con lujo y placer, estúdiase en el ya aludido Stendhal. Ciertamente que él gustaba también de disfraces nominales: de llamarse Bombet, marqués de Cuzary, Robert freres, Domenico Vismara y mil nombres más; pero era para agotar todas las pasiones, como en la metamorfosis de Tiresias.

Abra, en fin, el lector este *Licenciado Vidriera*, sin prejuicio de buscar novela, sino trozos novelescos, con trozos de todo lo demás: libro de retazos zurcidos por medio de un ardid exterior—cosa perfectamente legítima;—libro de acarreo, más que de crecimiento interno. Hallará en él muchas amables figuras de segundo término: El cachicán, y la Mari-Juana, el fauno y maestro, Don Lope de Almendares—nombre que recuerda al de cierto capitán en cuyo navío hizo su viaje a Nueva-España Don Juan Ruiz de Alarcón—Gabriela, el ciego Asensio. *Azorín* posee el secreto de las instantáneas sentimentales.

Se nos ha dicho que *Azorín* llama al *Licenciado Vidriera* “mi mejor libro”. Acaso por el admirable esfuerzo técnico de sencillez: hay páginas en que *ya no se sienten las palabras*. (¿Está satisfecho *Azorín*?) Pero no: este hombre tampoco hace libros: no hace obras separa-

bles de él. (¿Talvez *El Político*? Porque de la prehistoria no hay para qué hablar.) Todo él es una obra en movimiento, y hay que aplicarle la frase de Rodó: "una perspectiva indefinida"...

Hablamos de él con desparpajo. Lo consideramos en cierto modo como cosa nuestra desde que nos es autor favorito. ¿No comenzamos ya a preferirle a muchos que él mismo—con todo su malicia literaria—no sospecharía? Créalo *Azorín*. Bien ve que no le prodigamos elogios, por tal de admirarlo con un poco de entendimiento

ALFONSO REYES

Madrid, agosto 1915.

(*Cuba Contemporánea*. Habana.)

Letras castellanas

Las obras recibidas últimamente

R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Oro* (novela). De la "Biblioteca Andrés Bello".
Madrid, 1916.

Reproduzcamos esto, que mucho nos place:

Se encontrarán en *El Hombre de Oro*, en abundancia, americanismos (¡ya lo creo!), arcaísmos, galicismos y otros ismos que espeluznan a los más espeluznantes puristas.

Repetiré, para disculparme, esta frase de un escritor de América: "las cosas hay que hacerlas, aunque salgan mal." Ni siquiera mencionaría tales futesas de no publicarse *El Hombre de Oro* en la capital de nuestro idioma; pero ocurre que en las capas inferiores de la mentalidad euro-hispana, aún perdura, sin que sepamos cómo, una suerte de gliptodonte, especie que se creyó desaparecida del planeta e inadaptable a las actuales condiciones de vida.

Y sucede que cuando peregrinamos al solar de la raza los américo-hispanos, nuestra abuela, esta vieja y socarrona España, segura de producirnos asombro, nos enseña con ademán entre señoril y desdeñoso, la bestia cuaternaria: el Valbuena de ayer y el Casares de hoy.

Después, lá augusta, para borrarlos la impresión de extrañeza o sustituirla con nobles y puras emociones, nos conduce a Burgos, a Toledo, al Escorial; abre de par en par su Teatro; desgrana las perlas del Romancero... Después, nos pasea por el Prado de Goya y de Velázquez; después nos señala con el índice en la plazuela del Congreso a un personaje de bronce y nos dice estas solas palabras:

—Aquél es.

Creemos al principio que admiramos allí a Orfeo entre los animales, desbravándolos con el encanto de los líricos instrumentos. Pronto com-

prendemos: aquel de la estatua es el que puso —para siempre— a galopar a don Quijote; y estos del palacio frontero que imaginamos porcinos, bovinos, lanares y caballares, ahora los reconocemos... Los hemos visto antes en alguna parte; ¡ah, sí: en el Parliement House, en el Palacio Borbón, en el edificio del Reichstag; hemos oído sobretodo su baraúnda la más incoherente, en un público building de Washington!

No contenta, la agusta nos guía hacia una calleja solitaria por el barrio de Argüelles. Allí nos previene:

—Mirad bien a ése que sale de la casita morisca; pronto no lo veréis sino inmóvil, en mármol.

Es un hombre de estatura prócera, semi-ciego, entrado en años y en hombros.

—Se llama—nos dice la matrona— Benito Pérez Galdós.

Sí, abuela; conocemos a tus eunucos y a tus monstruos; pero conocemos también a tus más cultos creadores de belleza, a los que llevaron y difundieron tu cultura más allá de los horizontes, más allá de los mares, más allá....

Julio Cejador y Frauca: *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*. Tomo III, Madrid, 1915.

Medítese este párrafo interesante:

Sea o no del agrado de unos o de otros, el ideal de la España del siglo XVI fué el espiritual de la religión cristiana, de la justicia, del acatamiento a la autoridad y a la moral, sin que a ello se opongan los desbarros y todo linaje de lacras, que en los particulares nunca faltaron en cualquier sociedad humana. El ideal europeo, extraño a la Monarquía española, al cual el español trató de combatir, fué el materialista puramente pagano, del absolutismo y del interés, que al cabo venció desde mediado el siglo XVII, con el triunfo sobre la casa de Austria, de la política absoluta y maquiavélica de Francia primero, de la política interesada de mercaderes, de Holanda e Inglaterra después, de la política imperialista a la vez e industrial de puro interés de Alemania en los últimos tiempos. Resumiendo las causas de la decadencia de España, cual las declaró maravillosamente Macías Picaveda en el *Problema Nacional*, escribe Narciso Alonso Cortés: "El Renacimiento, considerado como creación de una nueva sociedad, de una nueva vida, de una Europa nueva en política, administración, ejércitos, armas, cultivos, industrias, crítica,

ciencias, técnicas y, en fin, un mundo nuevo, es plena, original y sustancialmente español: así como el nombre de América le ha sido usurpado a Colón (y Colón ha sido usurpado a España), así a España el nombre del Renacimiento. Carlos V bastardeó, trastornó el alma española: *El germanismo*, que es el Imperialismo, hizo en nuestra raza una transfusión de sangre nueva. El César y su hijo Felipe fueron dos grandes reyes y mataron a España. *La cuña teutónica* entró violentamente en el tronco viejo, y entonces, verificada la desnacionalización, perdió España sus libertades, sus gremios, sus municipios, sus industrias, y se vió que la invadían los matones y los pícaros, los teólogos escolastas e intolerantes, los hidalgos hambrones y presuntuosos. *El austracismo* nos trajo un conjunto de cualidades adventicias, tenidas erróneamente por algunos como propias y características de nuestra raza. Este, *el austracismo*, fué la enfermedad primaria e inicial, complicada después con las naturales derivaciones. De todas ellas resultó un mal gravísimo, que requiere pronto remedio, si no ha de consumir y matar a la nación". Con esto tendrán harta en que entender los europeizantes o germanizados, que es lo mismo, en vez de venirnós a achacar todas las secuelas del absolutismo, entre ellas el abuso regio de la Inquisición, cuando ellas, con el absolutismo, vinieron con el espíritu y la Monarquía germánica a España.